

Perú: una educación atravesada por dos fuegos

Sonia Henríquez

Perú, la patria de José María Arguedas, José Carlos Mariátegui y César Vallejo, experimenta una creciente pobreza que afecta a 12 millones de peruanos -el 60 por 100 de su población-, una deuda que supera los 20.000 millones de dólares y la violencia política que dejó el saldo doloroso de 20.000 muertos en estos diez últimos años. En este contexto de dura supervivencia y violencia generalizada, la educadora SONIA HENRIQUEZ descubre en su artículo algunas pistas para construir una educación articulada a la realidad de los niños y jóvenes.

Nos parece importante tratar de ligar el hoy, lo inmediato, con el mediano y largo plazo. Quisiera empezar con un testimonio que me impactó el domingo cuando leí «Área Chica» (1):

El hombre, con el látigo en la mano, apareció en la puerta del colegio. Eso indicaba que el recreo había terminado. Minutos antes, todos aquellos niños que ahora entraban mansamente a clase, habían estado jugando fútbol, saltando la soga y conversando; utilizando un idioma que sólo les estaba permitido en los momentos de recreo.

¿Y, por qué no les enseñan las clases en quechua? les preguntamos.

Porque los padres de familia, en una reunión con los maestros, han dicho que el quechua ya no sirve para nada en la capital y, como muchos de aquí nos vamos allá a trabajar, entonces nos quieren acostumbrar al castellano.

Pero cuando estás en tu casa, ¿qué idioma hablas?

Ah, bueno, en mi casa hablamos quechua. Pero, mire señorita, mi casa es como si fuera Ayacucho y el colegio es como si fuera Lima. Todo lo que hacemos dentro de la casa no nos sirve en el colegio y todo lo que hacemos en el colegio no nos sirve en la casa. Así va a ser cuando salgamos de aquí. Por eso tenemos que acostumbrarnos.

Creo que este diálogo es muy expresivo del desfase entre educación y vida del niño, y visualiza el drama de niños y jóvenes hoy: Vivir entre dos fuegos. Es, a su vez, referirse al contexto de supervivencia y, también habría que remarcar, el de la violencia generalizada. Supervivencia que imposibilita al niño y al joven ser en plenitud; niño y joven; que le impide vivir. Supervivencia que significa para el niño y el joven el permanente impacto de la crisis, la descomposición social y la violencia política armada.

Creemos que es muy importante plantear este contexto del Perú de hoy como un reto para la educación. Para los sectores populares se trata del mínimo para no morir, para no desaparecer, para no desintegrarse. Esta situación que vivimos no es producto de la crisis de hoy: es el sistema que desarrolla políticas que van contra el pueblo y agudiza las condiciones de supervivencia y violencia.

Cifras que hablan

En nuestro país la mortalidad infantil es una de las más grandes de América Latina (81 por 1.000). Pero nosotros sabemos que el promedio en un cuadro estadístico oculta mayores desigualdades aún. Por ejemplo, en el Perú en algunos valles interandinos se llega al 219 por 1.000. Además, estas altas tasas se deben a problemas que todos conocemos: infecciones respiratorias agudas, diarreas, enfermedades inmunoprevenibles o por desnutrición, que son las cuatro primeras causas de la mortalidad infantil. De modo que 85.000 niños fallecen cada año injustificadamente y antes de cumplir siquiera los cinco años de edad.

En un estudio sobre «Pobreza en el Perú. Aspectos básicos y orientaciones de política (2) se nos decía que esta situación de extrema pobreza, algunos dicen de pobreza crítica, colocan al niño y al joven en dificultad de aprendizaje, de desarrollo neuronal) grave, de una personalidad y formación futura en desequilibrio. Además, es importante tener presente que esos niños trabajan cuatro o más horas diarias para sobrevivir o ayudar a la supervivencia familiar.

En el año 88 la población de cero a catorce años era de 7.908.391, que constituye el 38,7 por 100 de la población total. Los niños que trabajan hacen un 10 por 100 de la población económicamente activa (PEA) y 1.100.000 están obligados a trabajar en condiciones de sobreexplotación.

En un artículo para la revista «Autoeducación», Giangi Schibotto nos decía que: «En el Perú hay actualmente 12.000 niños que son jefes de familia; se trata de niños que viven asumiendo cargos importantes en la estrategia de supervivencia, en la solución de sus problemas y de los de su familia»(3) y Miguel Saravia añade: «Ha crecido tal caparazón de indiferencia en nuestra sociedad que parece lo más normal y legítimo que un niño cargue la carretilla de frutas con un peso que dobla su físico, que limpie carros, que venda cigarrillos hasta altas horas de la noche y de la madrugada, que sea utilizado como cobrador en los micros o que sea incorporado como ayudante de construcción civil porque la mano de obra está muy cara» (4). Además, el sistema educativo expulsa a los niños que ingresan al primer grado y que la escuela ya no es el espacio socializador donde se da toda la educación del niño: la calle, el barrio, la familia y otros contribuyen a esa educación.

«La ruta crítica de los estudiantes peruanos» visualiza la gravedad de la pobreza educativa en el Perú, considerando la «expulsión» permanente que realiza el sistema educativo: «De 100 educandos que inician el primer grado de primaria, solamente 53 culminan el sexto grado normalmente. De ellos, 47 prosiguen el camino de la educación secundaria, pero únicamente 26 llegan a quinto de secundaria; 22 postulan a la Universidad, cinco logran el ingreso a los claustros universitarios y los profesionales que saldrán titulados apenas llegan al 1 por 100» (5).

Por tanto, son las condiciones socioeconómicas del país las que agreden al niño peruano. Pero, a «la violencia que sufren los niños desnutridos y enfermos, los que trabajan, los abandonados, los que consumen drogas, los que ejercen la prostitución..., hay que añadir la que sufren los niños víctimas de la violencia armada y el terrorismo. ¿Cuán irreversible es el daño causado a estos niños, qué políticas se han previsto para darles la protección y valor por el posible desarrollo normal de su personalidad?» (6) Todos estos datos e inquietudes deben llevarnos a una reflexión profunda y comprometida con los niños de nuestro país.

Entre la inestabilidad y el riesgo

Para los jóvenes, el deterioro del nivel de vida de la población representa la incertidumbre y la inestabilidad como futuro. La educación peruana se ha convertido en amargo desengaño para miles y millones de jóvenes que cifraban en ellas sus esperanzas de progreso y bienestar.

Respecto a la población juvenil -entre los quince y los veinticuatro años de edad-, la Comisión del Senado sobre las «Causas de la violencia y alternativas de pacificación en el Perú» calculó, para 1989, la PEA juvenil en 1.864.000, de los cuales el 59 por 100 son subempleados; estudian y trabajan 885.000. Se encuentran fuera de la PEA 2.683.000, de los cuales sólo 1.487.000 estudian en diversas modalidades que incluyen academias de preparación universitaria y de capacitación laboral. La diferencia, 1.196.000, serían jóvenes que no estudian ni trabajan. Es posible que esta población realice trabajos familiares no asalariados o que esté movilizándose hacia el subempleo; y ella afirma que «este hecho constituye una grave distorsión social y moral, que está directamente relacionada con la crisis del país y la total ausencia de una política nacional para la población juvenil del país» (7). Por otro lado, Dennis Chávez de Paz, en «Juventud y terrorismo 1989», señala, entre las características sociales de los condenados por el terrorismo, que el 57 por 100 de los condenados no contaban con más de veinticinco años, mientras que el 58 por 100 procedía de las provincias más pobres del país. Indica también una creciente participación femenina -16 por 100 del total de condenados-, descubre un elevado índice de escolaridad, el 35,5 por 100 poseía educación universitaria entre 1983 y 1986. Tales datos indicarían que «un sector social emergente en el proceso de movilización y cambios de la sociedad peruana - el de los estudiantes universitarios de provincia- se encontraría expuesto a situaciones de inestabilidad e inseguridad que derivan de la incongruencia entre las expectativas y logros» (8).

En nuestro país, el joven no se inserta en el mercado de trabajo, no ingresa a la Universidad, sufre la presión social y la violencia cotidiana. Existen problemas como delincuencia, prostitución, drogadicción, etcétera, cuyos protagonistas son los jóvenes. La escuela crea falsas expectativas y frustración; y, para colmo, los adultos piensan por los niños y los jóvenes. Por tanto, la crisis económica, la violencia política, la descomposición social y el colapso del sistema educativo marcan a los jóvenes de esta década y los enfrentan a un mundo más conflictivo y con cada vez menores perspectivas de futuro.

Los males del sistema educativo se evidencian en la limitación de recursos, la poca calificación docente, los bajos niveles remunerativos, las políticas inadecuadas, la alta selectividad del sistema. Una educación que se concibe dentro de los límites físicos de un local, que fragmenta el espacio de aprendizaje y de vida social, que no incorpora a sus contenidos y normas el trabajo de niños y jóvenes, que no utiliza el entorno como recurso educativo, que no atiende ni entiende cómo la escolaridad se integra a la estrategia de vida de pueblo joven, de caserío, etcétera.

Además, en este contexto, una escuela que define su tarea para un país culturalmente homogéneo y no desde y para la pluralidad. Una escuela que enseña lengua, ciencias naturales, historia, geografía, valores, modelos de familia, concepción de trabajo, etcétera, y que enfrenta al niño y al joven a un aprendizaje de conflicto. Por un lado, lo que su familia y su vida cotidiana le enseñan y, por otro, el maestro en la escuela que sigue una programación curricular desconectada de sus vivencias más profundas.

Finalmente, y sin ánimo de simplificar los fenómenos que atraviesan nuestra sociedad, podemos aseverar que ser joven se está convirtiendo cada vez más en un hecho peligroso.

Y si se es joven y, al mismo tiempo, pobre, el peligro aumenta; y si a esto le añadimos ser andino, concretamente ayacuchano, entonces la situación se convierte en una de alto riesgo.

Descubriendo pistas

Por tanto, repensar una educación desde el niño y desde el joven, plantea hoy una serie de retos que creo son mayores que los que tenían nuestros maestros cuando nosotros íbamos a las escuelas. Significa promover el desarrollo del educando como persona, desarrollar todas sus potencialidades y posibilidades intelectuales, afectivas, emocionales, sexuales, de identidad, etcétera. Pensar en un niño y en un joven que tiene que aprender a dar respuestas siempre nuevas, a ser creador e imaginativo. Suscitar aprendizajes en la escuela que le sirvan para su vida concreta. Partir de su realidad, volver a ella, pero, ¡no! para mirarla y contemplarla, sino para transformarla.

Entonces, una educación para un niño que actúa, que hace, que cambia, que toma decisiones, que transforma, que construye su proceso educativo. Por supuesto, de acuerdo a su edad y a sus posibilidades concretas. Y, en este contexto de educar desde la supervivencia, significa también educar en la supervivencia. Creo que es muy importante plantearse lo que ya hacen muchos maestros y también algunas Organizaciones no Gubernamentales (ONGs) en coordinación con ellos: reorientar los contenidos educativos y articular la educación con problemas básicos de supervivencia, de salud, de alimentación, de ecología, de derechos humanos, etcétera. Por tanto, no más pensar en una escuela desligada del contexto económico, social y político que nos tocó vivir.

Quisiera señalar cinco pistas, no son las únicas; pero creo que es necesario tenerlas en cuenta en la perspectiva de una educación para los niños y jóvenes de los sectores populares en este contexto de supervivencia y de violencia: desde la organización infantil y juvenil en la escuela, a través del trabajo, afirmando la vida, reconociendo nuestra diversidad cultural y desde la afectividad.

Desde la organización infantil y juvenil

En primer lugar, para nosotros hablar de una educación desde la organización infantil y juvenil, nos recuerda una entrevista a Rodrigo Montoya en «La República». Él decía: «El fenómeno educativo es, en esencia, un ejemplo: uno aprende de lo que ve, observa y oye. Los ojos para ver y los oídos para oír, no son los vínculos para el aprendizaje real. Son los ojos para mirar y los afectos para sentir los decisivos en la educación. Un profesor arribista enseña arribismo aunque su discurso esté lleno de "democracia popular" y "socialismo". Un maestro respetuoso, generoso, cariñoso, enseña respeto, amor, enseña cariño, aunque no sea un buen matemático u hombre de letras. La educación es, sobre todo, un proceso de aprendizaje a través del ejemplo. Los contenidos no cuentan mucho cuando no están bien acompañados. Si su contexto no es bueno, no sirven» (9). Ella nos motiva a reflexionar sobre una escuela que enseña autoritarismo y verticalismo y en las relaciones que se establecen entre los agentes educativos contradice el discurso formal sobre democracia, solidaridad y amor entre los seres humanos. Toda educación supone un clima afectivo, es un modo de comunicación humana antes que una simple y burda transmisión de conocimientos.

Es muy importante que nosotros los educadores seamos conscientes que los estudiantes, niños y jóvenes, tienen derecho a opinar y participar en el gobierno de las escuelas, de los centros educativos. Algunos hablan, y con razón, del protagonismo de niños y de jóvenes en la escuela; y sostienen una educación para la autogestión, para el autogobierno. Nos parece fundamental reconocer la necesidad de la participación organizada de niños y jóvenes en la toma de decisiones. El juicio de ellos nos es necesario para hacer un buen gobierno en los centros educativos. El cogobierno trae problemas, sí, pero ello no invalida la propuesta.

Existen experiencias de consejos educativos, de participación de alumnos en reuniones de padres de familia y de profesores, etcétera, que deben ser un reto para construir una escuela democrática.

Además, es necesario tener presente las organizaciones que existen en los barrios: las coliaras, los clubs juveniles, etcétera, e integrarlos a la dinámica del centro educativo. Desde la escuela, impulsar la organización autónoma de niños y jóvenes, significa que «la lucha por la calidad de la educación debe ir de la mano con la lucha porque la escuela contribuya efectivamente a la organización popular infantil» (10) y “contribuir al crecimiento de las organizaciones y movimientos de niños es contribuir a la esperanza y a la vida de la sociedad»”.

En cada escuela debería existir un código de derechos y deberes, de niños y profesores, acordados colectivamente, con posibilidades de ser confrontados con la realidad y, por tanto, modificados. Este puede ser un instrumento para garantizar la horizontalidad de las relaciones sociales y políticas dentro de la escuela.

A través del trabajo

En segundo lugar, es muy difícil enfrentar la supervivencia con una educación desvinculada del trabajo. El sistema que oferta el Estado no ofrece una salida en términos educativos y pedagógicos. Desde este punto de vista, sin embargo, es importante recoger las experiencias de maestros y ONGs que, en ese camino, han trabajado alternativas en este nivel. Están las escuelas productivas, agropecuarias, los talleres artesanales, los niños trabajadores, los jóvenes que trabajan en el sector informal, etcétera. El vínculo entre educación y trabajo compromete el diario vivir del niño y joven de los sectores populares y la escuela debe retomar su experiencia cotidiana de trabajo en el pueblo joven, en el barrio, en el bosque, en el campo, etcétera.

Ser niño y al mismo tiempo trabajador, ser joven y trabajar para sobrevivir, constituyen en el Perú de hoy las dos caras de la identidad social y personal de los niños y jóvenes. El trabajo de niños y jóvenes tiene que ser tomado en cuenta por la escuela: reconocer su importancia y significación económica, social y política; identificar sus problemas, y afirmar su real identidad. Ello supone, a su vez, reconocer el rol de niños y jóvenes, su función en la sociedad, el derecho a su organización e integración en el movimiento popular como sujetos protagónicos.

Es necesario que la escuela salga de sus cuatro paredes. Que sea capaz de abrir sus puertas a los trabajadores, reconocer que éstos tienen mucho que enseñar aunque no sean maestros de profesión. Profesores y alumnos deben llegar hasta donde ellos viven y trabajan; aprender de sus experiencias y formas de organización, y así ligar escuela, comunidad y trabajo en un proceso integrador.

Afirmando la vida

En tercer lugar, en este contexto de violencia generalizada: los educadores, los niños, los jóvenes, la sociedad entera tenemos que ser sensibles ante la vida. No podemos convivir con la muerte. Por ello, es preciso el desarrollo de una nueva conciencia, de actitudes individuales y colectivas, del aprecio por el valor de la vida y la dignidad humana en la construcción de una sociedad más justa. Un país en el que prevalezcan los derechos de los hombres y se respete, fundamentalmente, el derecho a la vida y las condiciones que la hagan posible.

Ello supone cuestionar la estructura misma de la escuela, de la sociedad, y enfrentar una serie de desafíos: educación y violencia generalizada; educación y nuevos valores: solidaridad, justicia, paz; educación y política; educación y ética; educación y democracia. Y, hoy puesta sobre el tapete, una educación contra todo tipo de discriminación racial, sexual, religiosa, etcétera.

Reconociendo nuestra diversidad cultural

En cuarto lugar, la diversidad cultural del Perú es nuestra mayor riqueza como país. El Perú es un país múltiple y diverso. Su unidad debe configurarse en base al respeto de culturas y lenguas. Por tanto, los contenidos curriculares, los calendarios, los horarios, deben responder a las condiciones climáticas, regionales, locales, culturales y lingüísticas de los diversos grupos étnicos del país.

Quisiera señalar algunos aspectos muy puntuales: a una educación alternativa le corresponde hacer la ligazón entre ciencia y saber popular, todos los niños deben ser educados en su lengua materna y a partir de ella aprender otras más. Y, además, conviene afirmar la importancia de la música, las artes y las danzas en nuestro país. El pueblo expresa en ellas sus sentimientos y la forma de resistir ante la vida. En ese sentido, es fundamental que dejen de ser formas marginales, actividades complementarias y extracurriculares en la escuela. Esta debe reconocer en forma práctica y efectiva la particular importancia que éstas tienen en la educación y formación de la personalidad del niño y joven peruano. Todos los niños y jóvenes al terminar primaria y secundaria, debieran hacerlo conociendo lo más significativo del canto, la danza, la pintura y todas las artes de las culturas del país.

Desde la afectividad

En quinto lugar, la educación es una acción humana por excelencia y se da a través del ejemplo. Supervivencia y violencia nos obligan a repensar todo el mundo subjetivo del niño y del joven: cómo madura, cómo reflexiona, qué complejos, qué agresividades tiene. Los psicólogos saben más que yo de esto, pero como educadores no podemos descuidar el factor emocional y afectivo. Se trata de que el niño y el joven se sientan aceptados, respetados y queridos por encima de todo.

Un proceso educativo debe coadyuvar a formar un hombre nuevo, una mujer nueva, ambos equilibrados y con coraje para enfrentar la vida que nos tocó vivir. No queremos conformarnos con personalidades emergentes de la miseria, que pasan a engrosar los números estadísticos de los estudiosos de los fenómenos económicos, sino hombres y mujeres en condiciones de vivir y hacer vivir a otros en plenitud. Significa construir seres humanos plenos, y que vivir, no sólo se reduzca a extender la mano para recibir un pan.

Hacia un Proyecto Educativo Alternativo

Y para finalizar, nuestra reflexión sobre el niño y el joven, nos lleva a detenernos en el maestro como agente educativo. Queremos enfatizar algunas cifras que nos harán pensar: la existencia de más de 200.000 maestros, más de 37.000 centros educativos, un aproximado de más de 7.000.000 de educandos y una incidencia en 2 a 3 millones de padres de familia. Ellas expresan la responsabilidad del docente con ese entorno que casi constituye el 45 por 100 de la población nacional. Aunque existe más del 50 por 100 de profesores sin título pedagógico y ni hablar de lo reducidas que son sus remuneraciones. Pero, toda esta situación contradictoria, sin embargo, expresa el potencial que encierra el sujeto maestro si está enraizado en el Perú profundo y en el corazón de su pueblo.

Como maestra, desde el sindicato, con el cual me siento plenamente identificada, quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones; este año, el SUTEP (Sindicato Unitario de Trabajadores de la Educación del Perú) cumplió dieciocho años. En nuestro país, tener dieciocho años es tener ciudadanía: voz y voto; 1990 debe significar para el Sindicato de Maestros ejercer ciudadanía educativa; es decir, ser capaz de plantear y elaborar políticas educativas y de evaluar su práctica docente en la escuela.

En una entrevista radial el sábado -15 de septiembre-, un dirigente nacional del SUTEP afirmaba que: «Tenemos una deuda con el pueblo por haber estado enfrascados en nuestros problemas económicos y es necesario darle a él el proyecto educativo que necesita». Y nosotros reafirmamos la necesidad de un SUTEP crítico ante las políticas del Estado, con autonomía sí, pero responsable en su quehacer. Un sindicato con opinión especializada en materia educativa y capaz de levantar un proyecto educativo alternativo.

El sindicato debe convocar, aglutinar a los padres de familia, a la comunidad, a los gremios, a las ONGs, a los investigadores, intelectuales preocupados del problema que nos concierne a todos: la educación al servicio de nuestro pueblo. Ello supone ponerse a la vanguardia de la lucha por la cantidad y la calidad de la educación. El sindicato debe exigir al Estado capacitación para sus afiliados, pero a su vez, debe sentir la responsabilidad de esta tarea y ofrecer alternativas concretas para superar el déficit señalado.

Con todo, los límites que encierra la regionalización, ella posibilita ofrecer al maestro la formación que necesita. Y así, transformar el sindicato en un espacio donde se recogen y evalúan experiencias educativas, se formulan currículas alternativas, se confrontan metodologías, etcétera. Es decir, un sindicato que ligue lo gremial-reivindicativo, lo ideológico-político y lo técnico-pedagógico. De modo que este trabajo constituya una práctica constante e indelible en la tarea de preparar desde las bases el II Congreso Pedagógico Nacional del SUTEP. Es fundamental que el SUTEP asuma su responsabilidad social con la comunidad y represente intereses nacionales en el corto, mediano y largo plazo. Ninguna propuesta para cambiar la educación peruana será posible sin el concurso de los maestros.

Notas

1 Área Chica, el lugar de los niños. Ayacucho, la otra violencia. Suplemento del periódico «Página Libre», Radda Barner, Lima-Perú, 16 de septiembre de 1990.

2 INP-PNUD. Proyecto RLA/86/004/INPPNUD. Lima, Instituto Nacional de Planificación (INPP, 1989, pag. 17.

3 El poder de los niños (mesa redonda). Giangi Schibotto y otros. Revista «Autoeducación», n.º 28, Lima-Perú, febrero 1990.

4 Trabajador de la calle. Luis Miguel Saravia, revista «Autoeducación», n.º 28, Lima, febrero 1990.

5 Mapa de la pobreza educativa en el Perú. Sigfredo Chiroque Chunga. Instituto de Pedagogía Popular (IPP), Lima-Perú, febrero 1990.

6 Violencia y pacificación. Comisión especial del Senado sobre las causas de la violencia y alternativas de pacificación en el país. Editado por DESCO y la Comisión Andina de Juristas. Senado de la República del Perú, 1989, pág. 191.

7 Violencia y pacificación, Op. cit. pág. 194.

8 Juventud y terrorismo. Dennis Chávez de Paz. Instituto de Estudios Peruanos (IEP), Lima, Perú, 1989, pág. 57.

9 «La escuela no es democrática», entrevista a Rodrigo Montoya. Periódico «La República», Lima, 30 de enero de 1988.

10 Ser pobre y niño hoy en América Latina: una relectura del continente. Serie Reflexiones. Alejandro Cussiánovich. Red para la infancia y la familia América Latina y el Caribe, marzo 1988, pág. 40.

11 Ser pobre y niño hoy en América latina: una relectura del continente. Op. cit. pág. 41.